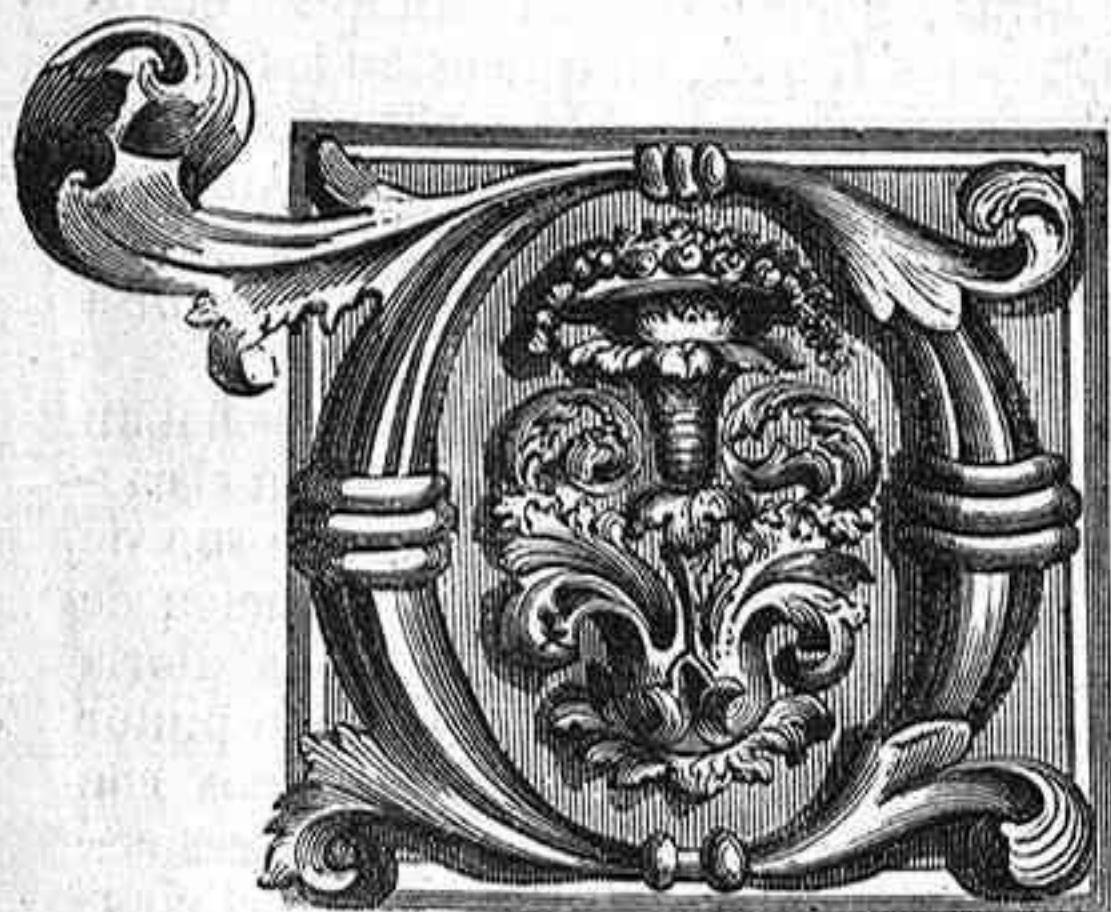




PINTORES CATALANES.

VILADOMAT.



ISTÍNGUESE el genio catalan en todas épocas por su disposición y aptitud, así para las ciencias y bellas artes, como para todos los ramos del saber humano; y si bien en la pin-

tura han descollado pocos, puede citarse con orgullo á un Francisco Gasen, que dejando apreciables obras, murió de sesenta años en 1656; Pedro Cuquet, hijo de Barcelona, que nos legó muestras de su habilidad en diferentes retablos, habiendo fallecido en 1666 tambien de sesenta años; Juan Arnau de igual naturaleza, que llegó á la avanzada edad de noventa y ocho años y falleció en 1693; Francisco Guirro barcelonés, el cual vivía en 1699 y murió de setenta años.

En el siglo pasado contó igualmente Barcelona algunos buenos pintores, tales como los hermanos Juncosa, los Tramulles y otros varios que seria difícil enumerar, y cuyas bien ejecutadas obras constituirian una escuela catalana, si en tiempos mas propios para formar estas colecciones, se hubiese tenido semejante pensamiento, hoy dia imposible de realizar. Con la destruccion de los monasterios y de sus grandiosos templos, han desaparecido por desgracia buena porcion de los bellos comprobantes de nuestro aserto.

Estamos íntimamente persuadidos de que entre los catalanes nunca faltaron buenos artistas y pintores eminentes. Podriáanse aducir en testimonio de esta verdad los nombres de varios contemporáneos que omitimos para no ser difusos, deseando ocuparnos exclusivamente del genio eminente, tan aventajado quanto modesto y famoso don Antonio Viladomat, en su tiempo el

mejor pincel de España, segun entusiasta espresion del célebre Mengs al examinar sus obras.

Nació el grande artista en Barcelona á 10 de abril de 1678 y falleció á 10 de enero de 1755, casi al cumplir setenta y siete años de su edad. Adquirió las primeras nociones del arte con un profesor oscuro, adelantando progresivamente, solo á impulsos de su natural disposicion, bajo otro maestro de no menos limitados conocimientos, aprendiendo la perspectiva con Fernando Viviena que vino á esta ciudad acompañando al archiduque Carlos, y se dió á conocer pintando por diversion decoraciones teatrales. Este fue su maestro, el cual le puso al corriente de la pintura al temple y al óleo, y de la arquitectura.

El genio es un destello de la divinidad, y aun cuando los siglos se muestren avaros en producirle, el que de la naturaleza ha recibido semejante gracia, atropellando por inconvenientes y obstáculos, llega á brillar cual refulgente astro sobre la multitud ostentando su mérito y habilidad en cuanto emprende. Tal sucedió con Viladomat, que pronto adelantó á sus mismos preceptores.

A los veinte y cinco años, edad en que las ideas se agolpan á nuestra mente con su bella fantasmagoría, y en que todo es inspiracion y arrebató, pintó los cuadros de la capilla de la Concepcion, en la catedral de Tarragona. Seguidamente, acreditando mas y mas los conocimientos é inteligencia que habia recibido de Viviena, manifestó sus adelantos en el presbiterio de las Comendadoras de Santiago de Junqueras, no solo en perspectiva y al fresco, sino en arquitectura, trazando el retablo mayor, aun existente por dicha, que ejecutó don Pedro Costa, otro de los célebres artistas de la época. Tambien en los sagrarios que pintó para los Carmelitas Descalzos de Barcelona y de la ciudad de Reus, pudo hacer gala de su genio privilegiado.

Muchas son las pinturas de Viladomat, cuya sola relacion formaria un extenso catálogo; por consiguiente nos limitaremos á citarlas. En la cartuja de Montealegre existia la vida de San Bruno, diestramente trazada por su mano. En el trascoro de Santa María del Mar hay cinco cuadros suyos de la pasion de Jesucristo y otros dos en la capilla del Salvador; la de Belen, antes de padres jesuitas, posee excelentes lienzos de este maestro; seis hay en la capilla de San Rafael, dos en la de San Francisco Javier y otros figurando pasages de la vida de Tobías y misterios de Nuestra Señora (1).

(1) El gracioso cuadro que va en la plana 4.ª de este número es otro de la coleccion perteneciente al que las suscribe.

Mas donde la fecundidad de Viladomat puso el sello á su reputacion y se desplegó con toda esplendidez fue en los veinte y cinco cuadros antes repartidos en el claustro gótico del demolido convento de padres Franciscanos, representando pasages de la vida del santo fundador, y hoy, gracias al celo de la ilustre junta de comercio, conservados en las salas de la Academia de Bellas artes de esta ciudad. Echase en todos de ver cuánto puede un talento original reducido á sí mismo, sin haber nunca salido de su patria á buscar ciertas perfecciones del arte, que atañen en cierto modo á su parte material. Reinan en estas composiciones buenos efectos, dibujo intachable, y gran naturalidad; prenda sobresaliente que los distingue, y que en vano se pide á veces á las mas acabadas producciones. El santo conserva siempre en ellos la fisonomía, sin otra alteracion ó mudanza que la de los años, circunstancia digna de notarse, opuesta á la que suele observarse en otras historias, donde el héroe presenta por lo comun distintas facciones en cada cuadro, singularmente si son de diversas manos. Es verdad que no en todos campea igual maestría; así por ejemplo, el que representa los diablos azotando á San Francisco, es notable por su originalidad y espresion; el del convite, lleno de ternura mística tiene un mérito que los inteligentes reconocen unánimes; la escena en que el Santo se acoge al sumo pontífice, huyendo de su padre, y la del bautizo, sobresalen entre las demás, si bien en todas esas pinturas como en las demás del propio autor, resplandecen la severidad, la digna nobleza, la sabia economía, los bellos contrastes, el agrupado y la correccion que le hacen notable y singular aun cuando el arte haya tomado un giro más especulativo.

Generalmente apreciado y gozando merecida reputacion, llevó Viladomat una vida modestísima, exclusivamente consagrado al culto de su noble arte, hasta que á los sesenta años le acometió un temblor de manos, resultado tal vez del exceso de trabajo, impidiéndole pasar adelante en él. Sumiso con cristiana resignacion á semejante calamidad, vió aun correr algunos años en este estado de abatimiento, recibiendo los consuelos de su familia que le queria y de sus discípulos que le admiraban y recogian afanosos de su labio balbuciente los últimos preceptos de ese arte en que tanto habia resplandecido.

Cuando dió su espíritu al Criador enterráronle en la capilla de Guádalupe, parroquia de Nuestra Señora del Pino, donde permaneció bastante tiempo sin una mez-



quina lápida que perpetuase su nombre y sus talentos. Es verdad que los hombres dignos de alabanza la consiguen por fin, siendo imposible que el mérito quede para siempre oculto; y si Viladomat, como otros muchos, no llegó á alcanzarla del todo de sus contemporáneos, merecióla amplia y colmada de las sucesivas generaciones. A medida que la posteridad se aleja desaparecen los ligeros accidentes y matices que tal vez sombreaban la aureola del genio, perdiéndose en la imponente magestad del conjunto.

Treinta años despues el señor don Nicolás Rodríguez Laso, ministro fiscal del Santo Oficio en Barcelona, honró por fin la memoria de nuestro pintor, colocando ante su sepulcro una lápida bien decorada, con la siguiente inscripcion:

Antonio. Viladomat.  
pictori. Barcin. qui. in—  
tra. patr. lares. natura.  
magistra. artis exce—  
lentiam. comparavit.  
Nicholaus. Rod. Laso. P.  
Decessit. anno. M.D.C.C.L.V.

Esta honrosa muestra de aprecio tributada al egregio artista, debe ser tanto mas estimable á los profesores catalanes, cuanto que el dedicante no lo era, ni habia llegado á conocer á Viladomat.

Tres notabilidades han consignado en términos precisos el buen concepto que hicieron de sus obras: los ya referidos Mengs y el señor Laso, y don Agustin Cean Bermudez. Este último en el tomo V de su *Diccionario histórico de los mas ilustres profesores de bellas artes en España* da una buena noticia de los cuadros de Viladomat, asuntos de ellos é iglesias donde existian. Algunos se conservan segun dicho, pero gran número han perecido lastimosamente en medio de las discordias políticas que tan funestas han sido al país en todos conceptos. Afirma Cean Bermudez que puede decirse de Viladomat lo propio que decia Ciceron de Vellejo Patérculo, á saber: que todo se lo debió á sí propio, pues sus dos primeros maestros apenas le enseñaron á preparar colores y embadurnar lienzos. Por su solo ingenio llegó á adquirir consumada facilidad en la invencion, y por el estudio que hizo de la naturaleza supo ser correcto, verdadero, espontáneo, buen colorista, copista perfecto, cualidades que le constituyen digno gefe de escuela y una de las descollantes especialidades en su clase. No tiene el fuego de Murillo, ni la gracia del Correggio, pero sí mucho de la naturalidad de Velázquez y de la entereza de Ribera. Pintaba asimismo paisajes con originalidad, retratos con parecido, y episodios de batallas con singular arrojo y movimiento. Cuantas notabilidades artísticas han venido á Cataluña han hecho siempre lenguas de la fama del esclarecido Viladomat.

Barcelona, junio de 1858.

JAIME FUSTAGUERAS Y FUSTER.

## MEJICO.

### PLAZA Y CATEDRAL DE MÉJICO.

La plaza de la Constitucion, situada en el centro de la capital de Méjico, la grandiosa catedral que á uno de sus cuatro lados se eleva y que con tanta exactitud representa el grabado que acompaña á este artículo, son los dos objetos de que me voy á ocupar, para dar á conocer por ellos las bellezas que encierra la hermosa ciudad conquistada por el intrépido guerrero y gran político Hernan Cortés el 13 de agosto de 1521.

¡Qué vista tan agradable presenta esta amplia y espaciosa plaza! Hacia el Oriente se estiende el palacio nacional, edificio imponente por su sencillez y capacidad que ocupa de frente 246 varas: al Poniente descúbrese el grandioso y sólido *Portal de Mercaderes* de elegantes arcos, cuya fachada abraza un espacio de 235 varas: al Norte el magnífico *Palacio Municipal* de elegante y sólida arquitectura, y el *Portal de las Flores*, llamado así por haber sido el punto á donde las canoas de los indios llegaban cargadas de flores, antes de que se cegara por este lado el canal de la Viga. Al Sur, y cerrando el cuadro, elévase la suntuosa catedral, descollando con valentía sobre todos los almenados edificios, sus elevadas torres, como para significar que á pesar de los esfuerzos del hombre en sofocar las cristianas creencias, las obras destinadas al Señor se elevarán siempre sobre todas las demás para prestar su sagrada sombra á los que buscan en la religion el principio de todo bien inmutable.

Está edificada la catedral en el punto céntrico de la ciudad, en una mesa cuadrada, en la cual se veia el *teocalli*, templo dedicado por los indios al Marte mejicano Huitzilopotchli, deidad tutelar de la nacion á quien sacrificaban víctimas humanas. Dióse principio á esta magnífica obra, donde se levantó el signo de la redencion sobre las ruinas de los falsos dioses, en 1573, por orden del rey Felipe II, siendo arzobispo de Méjico don Pedro Moya de Contreras, habiendo para el efecto demolido antes el edificio que mandaron alzar Hernan Cortés y el arzobispo Zumárraga; y se concluyó en el

año de 1657, bajo el gobierno de don fray Marcos Ramírez de Prado, es decir, á los noventa y cuatro años; cuyo coste, que ascendió á 1.752,000 duros, sin contar lo que costaron las obras que despues se hicieron, pagaron los reyes Felipe II, III, IV y Carlos II llamado el Hechizado.

Este magnífico templo, sublime página monumental donde lee el mundo la gloriosa historia de la época mas brillante para la nacion española, ocupa uno de los puntos principales de la plaza de la Constitucion, conocida vulgarmente por *Plaza de armas*, y sus dimensiones son, 150  $\frac{1}{2}$  varas de Norte á Sur y 73 de Oriente á Poniente.

Para que con mas fuerza resaltase la hermosura arquitectónica que ostenta esta grandiosa catedral, toda de piedra sillar, donde nada olvidó el arte de cuanto podia contribuir á embellecerla, adornáronla de un espacioso atrio que comienza á 50 varas de sus puertas y que la da un aspecto de grandeza y de magestad que cautiva.

La entrada de tan delicioso atrio, está resguardada por ciento veinte y cuatro columnas de cantería colocadas por los cuatro lados, y de las cuales penden otras tantas cadenas de hierro primorosamente labradas, que pasan de columna en columna formando graciosos y estrepitosos columpios. A distancia de cinco varas de esta pintoresca línea de columnas y cadenas entrelazadas, levantan su tupido follaje, prestando agradable sombra á los transeúntes, setenta y siete fresnos que guardan el mismo orden que las columnas; y en el espacio formado por estas y aquellos, se dilata una ancha y esmerada acera orillada con asientos de piedra que se estiende de la manera misma por el otro lado de los árboles, y que constituye un paseo delicioso, denominado *Paseo de las Cadenas*.

Al contemplar de en medio de la espaciosa plaza ese suntuoso templo cuyas gigantescas torres descuellan por encima de los frondosos fresnos que circundan el atrio y cuyas sonantes ramas fingen cubrir la base del edificio, nos parece descubrir á la Madre del Salvador del mundo, elevándose al empíreo, hollando las cadenas de la idolatría, asentada entre oscilantes y verdes nubes de caprichosas formas, que se estienden á sus miríficas plantas como una flotante alfombra que realiza las dulcísimas descripciones de los milagros mas maravillosos.

A cada uno de los extremos rectos de las cadenas, se eleva, sobre dos espaciosas gradas de piedra sillar que forman círculo, una cruz de dos y media varas de alto, de la misma materia, á cuyo pié está enroscada una serpiente de piedra sobre una peana de cantería de cinco varas de alto, que sostiene en los cuatro lados de su parte superior cuatro calaveras tambien de piedra.

La espaciosa puerta llamada de los canónigos, que cae al Oriente, está resguardada de un hermoso enverjado de fierro con puertas de lo mismo de 5 varas de alto que á distancia de 150 piés de la primera se eleva, á cuyo lado queda el *Colegio de Infantes*, sacristía y antesacristía, y por la parte del Poniente, en la fachada que mira al Norte, están colocadas la sala de cabildo, clavería, contaduría de diezmos y la biblioteca pública de la iglesia, que es un edificio exterior, aunque contiguo á ella, que fue donado á la catedral por don Luis y don Cayetano Torres, ambos ilustres capitulares.

La fachada principal que es hermosísima y cae al Sur tiene tres anchas y elevadas puertas, cada una de ellas con dos cuerpos, siendo el primero de orden dórico y jónico el segundo, con estatuas y bajo-relieves de sobresaliente mérito.

La altura de las torres, que son dos, cada una con tres cuerpos de lindísima arquitectura, sobre el último de los cuales descansa una bóveda en figura de campana con una cruz de cantería encima de ella, es, desde la superficie del atrio hasta la parte superior, de 72 varas dos tercias, y el coste de ellas fue de 199,000 duros; coste que, unido al *millon setecientos cincuenta y dos mil* de que tengo hablado y á otras muchas cantidades que sería cansado enumerar, forman la enorme suma de mas de *dos millones de duros*.

Ambas torres, en las cornisas del primer cuerpo, están adornadas de una balastrada de cantería, cada una con diez y seis jarrones de la misma materia, y en el segundo, de ocho de estos últimos, acompañados de igual número de estatuas de altura colosal, que representan á los doctores de la Iglesia ó patriarcas de las órdenes regulares, todo de piedra, que aun vistas desde el atrio presentan un tamaño gigantesco.

Al costado de una de estas torres, hacia la parte que mira al Poniente, se descubre á la altura de una y media varas de la superficie de la tierra, el calendario de los antiguos aztecas, lleno de curiosos signos y figuras labradas, único instrumento astronómico que se conserva de la época anterior á la conquista, y que prueba el alto grado de civilizacion á que habia llegado aquella parte del mundo, cuyo único lunar era el de sacrificar á sus dioses víctimas humanas. Este calendario tan admirable por su exactitud como curioso por la época que representa, objeto único que sobrenada á la ruina del imperio de Motezuma, se desenterró en 1790 de un lugar de la plaza de Méjico en que estaba oculto y se colocó en el que hoy ocupa, que es sin duda uno de los mas públicos: es todo de sólida piedra, y su circunfe-

rencia es de 13  $\frac{1}{2}$  varas. No hay extranjero, ni hijo del país, que al pasar por este costado de la catedral, no se detenga á contemplar tan antiguo monumento, feudo en recuerdos históricos, y cuya vista despierta ideas maravillosas que transportan al curioso observador á esos risueños mundos que de tan bellos colores sabe vestir la fantasía.

Una de las particularidades de calendario tan digno de estima, es la de ser perpetuo: está dividido en 52 años, y cada uno de estos años en 18 meses de 20 dias cada uno. Las fases de la luna, los movimientos del sol, los dias festivos, los años bisiestos, en una palabra, todo está señalado exactamente en esta obra que revela el alto grado á que habian llegado en ese país las ciencias.

En medio de las dos torres que se levantan magestuosas como dos constantes centinelas de la doctrina del Salvador, y sobre la puerta principal del templo, se descubre un hermoso reloj con carátula de metal dorado, sobre el cual descansan tres estatuas de bronce con los signos de sus atributos, y que representan las tres virtudes teologales. En el mismo sitio está el asta en que se coloca la bandera tricolor los dias de fiesta nacional.

De cuarenta y ocho campanas que hay en ambas torres, las mas notables son, 1.<sup>a</sup> Santa María de Guadalupe, cuya altura es de seis varas; 2.<sup>a</sup> doña María, que pesa 150 quintales, y 3.<sup>a</sup> la denominada Santo Angel, de 596 arrobas.

Ademas de las tres puertas de la fachada principal y de la de los canónigos, ya referida, tiene el edificio otras dos igualmente espaciosas, una al Norte y la segunda al Oriente.

La cúpula y linternilla, trabajadas con delicado gusto, cuya altura casi nivela con las torres, parecen desprenderse del centro de las multiplicadas balastradas de cantería que coronan todas las bóvedas de la catedral, como se desprende un gran globo al impulso del gas para irse á perder en las nubes.

No parece sino que el célebre arquitecto que concibió las bellísimas formas de tan suntuoso templo, estaba inspirado por un sentimiento profundamente religioso al llevar á cabo su grandioso pensamiento. El escelente lugar en que está situado, las bellas proporciones de todas sus partes, la regularidad del conjunto, la graciosa simetría que en él se observa, y sobre todo, esas dos magestuosas torres que van á perderse en la trasparente bóveda de un cielo siempre azul, dan á esta catedral un tono el mas á propósito para despertar en el alma sentimientos los mas puros y mas tiernos.

El interior del templo está en un todo en armonía con la belleza que en su exterior ostenta. Sus bóvedas son magníficas y elevadas: de esquisito gusto los adornos de sus paredes, y riquísimas las labores de todos sus altares. Sus naves, que son tres, altas, claras y espaciosas, están sostenidas por catorce machones con columnas embutidas por cada uno de sus cuatro lados, de cuyos capiteles se desprenden los atrevidos arcos que van á posar en otros que están á su frente. A los lados de las dos naves laterales, se ven distribuidas catorce capillas cerradas con elegantes balastradas de fierro unas, y de labrada madera otras, ademas de seis altares, cuyos nombres son: 1.<sup>o</sup> de los Reyes, en que están los sepulcros de los vireyes en una bóveda, á la cual se descende del presbiterio por cinco escalones; 2.<sup>o</sup> las Animas; 3.<sup>o</sup> el Buen Despacho; 4.<sup>o</sup> San José; 5.<sup>o</sup> San Lorenzo; y 6.<sup>o</sup> el Perdon, en el que todos los dias se dice misa cada media hora.

Entre las bóvedas y demás sitios del templo, se hallan repartidas ciento cuarenta y siete ventanas, y en el caso de la linternilla y cúpula, ya referidas, que son de figura octagonal, está pintada al fresco la Asuncion de Nuestra Señora, á la cual sirve de fondo una gloria admirablemente desempeñada por el distinguido pintor español Jimeno; y en diversos grupos, colocados con maestría, se ven los antiguos patriarcas y mujeres célebres del Antiguo Testamento, colocados sobre el cuerpo de luces que está en el primer término.

Los coros que son dos, uno para los canónigos, y el otro para los músicos empleados en la catedral, son de una riqueza considerable, á la vez que de buen gusto y magestuosos, como es magestuoso, rico y de buen gusto cuanto pertenece á tan suntuoso templo. Ambos coros ocupan un mismo lugar, y se encuentran colocados en frente del altar mayor. El de los canónigos que es cómodo y espacioso, tiene dos gradas de asientos de esquisita y labrada madera, formando círculo: el de los músicos que se levanta alrededor del primero guardando el mismo orden, pero á una altura considerable, se halla circunvalado de una hermosísima balastrada de metal tumbaga, y en él se encuentran los dos órganos mejores que hay en la República, cuyos remates, adornados de esquisitas figuras doradas, van á tocar la alta bóveda de la iglesia. La bella gradería, los ricos enverjados, y las espaciosas puertas que embellecen á uno y otro coro, son del espesado y esquisito metal, cuyo brillante color sirve á darles un realce indescribible.

El presbiterio del altar mayor, que se levanta magestuoso en medio de la iglesia, entre el coro y el altar de los Reyes, y al cual se sube por siete espaciosas gradas que se hallan en los cuatro frentes del altar, está circundado de una balastrada de metal tumbaga, que luego se dilata rectamente por ambos lados, hasta lle-



gar al coro, adornada de sesenta y dos estatuas del mismo metal, cada una de las cuales tiene en su mano un candelabro para colocar hachas.

Esta balaustrada ó crujía y la portada principal del coro, ya referida, fueron fabricadas en Macao, ciudad de China, siendo el peso de todas las piezas que la componen, 534 quintales.

Pero desistamos de continuar describiendo las muchísimas cosas que aun cuenta este magnífico templo, y fijemos la atención en la abundancia de oro, plata y ricas alhajas que ostenta en uno de esos días de función clásica, en que es preciso adornar la iglesia con aquella grandeza y lujo que corresponden al digno objeto de la fiesta.

Fijemos la vista en ese altar mayor, de cuyo centro se destaca magestuosamente el esbelto ciprés, sostenido por ocho arosas columnas de brillante estuco, en cuyos dos primeros cuerpos están las excelentes esculturas del tamaño natural que representan á los apóstoles, evangelistas y principales santos, y sobre el tercero un grupo de ángeles, encima de los cuales se descubre á la Madre del Salvador del mundo. Si; fijemos la vista por un momento, y lo veremos herido por millares de luces que brillan como las estrellas sobre las dormidas aguas de un apacible lago. Allí vereis en las funciones clásicas que se celebran con una pompa sin igual, esos seis riquísimos blandones de oro y esa cruz guarnecida de piedras preciosas, con su frontal y peana de lo mismo, y otra elegantísima de filigrana. Allí descubriréis esos seis ramilletes, cuatro candeleros, dos navetas, dos atriles, dos portapaces y dos palabreritos de oro, donde compite el arte con la riqueza: en otra parte vereis veinte cálices de oro, seis vinajeras con sus platillos del mismo esquisito metal: un copón con 1,676 diamantes y 13 marcos de oro: un cáliz con 122 diamantes, 132 rubíes, 143 esmeraldas y 10  $\frac{1}{2}$  marcos de oro: dos incensarios de este metal: la imagen de la Concepción que es de plata, y pesa 38 marcos: la custodia principal que tiene mas de vara de alto, con 5,872 diamantes en su frente, 2,653 esmeraldas, 106 mestizos, 44 rubíes, y 8 zafiros en su reverso, siendo su peso de 88 marcos de oro: once arañas de plata con 24 albornates cada una: si seguís examinando su riqueza, encontrareis cálices, vinajeras, blandones, dos juegos de hacheros, compuestos de cuatro piezas cada uno: cuatro sahumadores de dos varas de alto: tres estatuas: un sagrario, é infinidad de ramilletes de oro y plata, que dejan deslumbrada la vista del observador. Al lado de toda esta riqueza conque hoy cuenta la gran catedral de Méjico, se descubria tambien la admirable imagen de la Concepción, toda de oro, que pesaba 6,984 castellanos, rodeada de ricas pedrerías, y que se fundió, no sabemos por qué causa.

La custodia principal, y muchas de las alhajas que posee la catedral, así como los paramentos eclesiásticos, son regalos que hizo el emperador Carlos V.

Una de las principales preciosidades de que se han visto obligados á deshacerse los canónigos, por carecer de fondos para componer los estragos que causó en la catedral el terrible terremoto de 1837, conocido por el de Santa Cecilia, fue una riquísima lámpara de que he oído hacer mil elogios en Méjico, y que costó 71,343 duros, 3 reales. Su altura era de 8  $\frac{1}{2}$  varas; su diámetro de 3  $\frac{1}{2}$ , y su circunferencia de 10  $\frac{1}{2}$  varas. Constaba de cincuenta y cuatro candeleros, y pendía de una cadena y perno de hierro que pesaban 1,650 libras.

A un lado de la fachada principal de este suntuoso templo, se eleva otro llamado el Sagrario, que se comunica interiormente con la catedral: es de tres naves, y á su lado tiene el despacho, la sacristía, y una capilla que sirve de depósito para los cadáveres de la feligresía. Esta parroquia, que en otro punto podría lucir con mas ventajitas su hermosa fachada, es un lunar que desfigura mucho las bellas proporciones de la catedral.

Si los detractores del buen nombre español no se empeñasen en cerrar los ojos á la luz de los hechos; cuán distinto lenguaje usarian al hablar de nuestra España, si fijasen la vista en los grandiosos monumentos que en aquella bellísima region levantaron en pro de la civilización y del país conquistado, los dignos descendientes del Cid y de Pelayo!

Lo primero que llama la atención del viajero inteligente, en un país católico, son los templos elevados al Señor; porque ellos se presentan á su vista como el termómetro que revela de una manera inequívoca el estado de riqueza del suelo que visita; pues siendo proverbial esa no desmentida inclinación de los cristianos á ceder parte de sus bienes para el mayor brillo del culto de aquel Supremo Hacedor á quien se confiesan deudores de todos los tesoros que poseen, la mayor ó menor magnificencia de sus iglesias, patentiza, sin otro exámen, el grado de abundancia en que viven.

Recórrase la historia de la preponderancia y de las vicisitudes de las naciones católicas, y se verá, que en tanto que han marchado á la cumbre de su apogeo, la riqueza de los templos dedicados al Autor Supremo, ha sido incalculable, y debida á los cuantiosos donativos de ricos particulares, á la vez que en su decadencia han ido imprimiendo en el interior de esos mismos templos, el carácter melancólico que graba la pobreza en todos los objetos. Los templos son, en las naciones católicas, lo que la luna en el cielo: brillan cuando va en creciente

la fortuna de las segundas, y pierden su esplendor cuando llega la época de su menguante.

No es, pues, de extrañar, que los españoles, católicos de corazón, benévolos por naturaleza, y francos y desinteresados por principios, edificaran en la época feliz en que eran dueños de la mitad del mundo y en que les sonreía la fortuna, brindándoles con los tesoros de la tierra, los sorprendentes y maravillosos templos que hoy son el orgullo de Méjico y el asombro de los viajeros que visitan aquella populosa ciudad. Si otras mil pruebas no existiesen del cariño conque nuestra patria miró siempre á su antigua colonia, bastaria solo la magnífica catedral que de describir acabo, para dar á conocer el grado de cultura de la nación española y la predilección conque miraba aquel hermoso país.

NICETO DE ZAMACOIS.

### CAPILLA DE SAN ISIDRO.

Pocos son á la verdad los recuerdos históricos que la villa de Madrid posee, y en muy corto número los monumentos que conserva anteriores al advenimiento de la casa de Borbon al trono de España. El mal gusto, que á todas las clases de la sociedad dominó durante el siglo XVII, y en la primera mitad del siguiente, no menos que el ciego exclusivismo de los profesores de nobles artes y de los inteligentes en ellas, que vivieron en la segunda mitad del siglo XVIII, ocasionaron daños incalculables; destruyendo obras notables, cuyo mérito no podían comprender los secuaces del Vignola, para quienes la arquitectura ojival ó sea gótica, como entonces la denominaban, era bárbara, y la romano-bizantina de todo punto desconocida.

Algunas columnas del periódico podríamos ocupar, dando estensos y bien deplorables datos de los primorosos monumentos sepulcrales reducidos á polvo por los arquitectos ignorantes de los siglos XVII y XVIII en tantas y tan destructoras reedificaciones, llevadas á efecto sin crítica ni conocimiento.

La iglesia de San Francisco estaba engrandecida con veinte y dos sepulcros, en los que orantes en unos y yacentes en otros habia estatuas. La iglesia de Santo Domingo el Real, la de San Gerónimo, la capilla de Valvanera y otros templos contenian asimismo suntuosos sepulcros, de los cuales queda únicamente memoria en algunas crónicas, si se exceptua el de la priora doña Constanza de Castilla, nieta del rey don Pedro, que aun subsiste como por milagro en el coro de la ya citada iglesia de Santo Domingo el Real despues de las diversas reedificaciones de aquel templo, bien funestas para la historia de las artes.

Un templo, sin embargo, hay en Madrid que no solamente conserva gratos recuerdos en su corto recinto, sino que lejos de haber experimentado el considerable detrimento que otros en los dos últimos siglos, adquirió mayor importancia en el décimo sétimo por una obra verdaderamente grandiosa, que la piedad de los reyes y la del pueblo de Madrid erigieron al modesto jornalero, cuyas heroicas virtudes le colocaron en el catálogo de los santos y en el número de los patronos y protectores del pueblo español.

Hablamos de la parroquia de San Andrés, humilde iglesia sin duda, pero cuyo engrandecimiento constituyen los recuerdos históricos en la misma vinculados, y las dos suntuosísimas capillas, que á uno y otro costado de aquella y correspondiendo á los puntos Norte y Mediodía de la misma, se levantan.

Es la mas antigua de las dos capillas la titulada del Obispo, así llamada por haberla dotado y reedificado el señor don Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia. Por su bellísima puerta, por su hermoso retablo mayor y por los magníficos sepulcros que encierra, es sin duda esta capilla uno de los mas suntuosos monumentos que hay en Madrid.

En el área que ocupa se levantaba otra capilla antiguamente con la advocación del *Cuerpo de San Isidro*, pues habia sido erigida para custodiar, como en efecto en ella fue por espacio de largo tiempo custodiado, el cuerpo del santo Labrador, patron de Madrid.

Aun existe una arca en que estuvo colocado, y es un objeto doblemente precioso bajo el aspecto histórico y el artístico, ya por su primitivo destino, ya por hallarse adornada de pinturas que representan pasajes de la vida del santo, ejecutadas á lo que parece en la segunda mitad del siglo XIII.

No disminuyó en Madrid ciertamente con el transcurso de los tiempos el afecto y la veneración á San Isidro, y en el siglo XVII, es decir, quinientos años despues de su dichosa muerte, fue en su honor y con todo empeño erigida la grandiosa capilla, cuya perspectiva damos en el presente número.

Consta de dos departamentos, de planta cuadrada el primero y ochavada el segundo. Consiste la decoración de este en columnas, y en pilastras la de aquel; enriqueciendo las bóvedas en uno y otro estucos y follajes de buen dibujo y ejecución. Todo el pedestal que corre por los muros es de ricos mármoles, é igualmente las columnas y pilastras con basas y capiteles dorados.

Cuatro grandes cuadros ejecutados por Francisco de

Rizzi y Juan Carreño adornan la primera estancia, y representan el milagro del pozo que refiere la vida del santo Labrador, la batalla de las Navas de Tolosa, San Isidro rompiendo la peña para apagar la sed del caballero Juan de Vargas, y Alfonso VIII reconociendo el cuerpo de San Isidro.

Trece cuadros con pasajes de la vida de la Virgen María, pintados por Francisco Caro y Alonso del Arco, aun subsisten debajo del cornisamento en los intercolumnios de la segunda estancia, de la que desaparecieron en tiempo de Carlos III las diez estatuas de santos labradores que habia en la parte inferior de los indicados intercolumnios, sobre los cuales se veian dichas pinturas. Labró estas bellas estatuas el célebre escultor Manuel Pereira, y hoy se hallan en la iglesia de San Isidro, sita en la calle de Toledo.

Completa el grandioso conjunto de esta régia capilla el altar colocado en el centro de la segunda estancia, y que por consiguiente presenta cuatro caras, con un arco de medio punto en cada una decorado por columnas y pilastras de mármoles, con varias figuras y otros adornos de bronce en el cerramiento.

Cubre magestuosamente este recinto una alta cúpula muy exornada y que en el exterior está adornada con diez y seis estatuas de piedra; representando los apóstoles y los evangelistas.

El zócalo, pilastras, cornisamento y una balaustrada que corre sobre estos miembros que forman la decoración exterior, son de granito, y en una de las puertas se ve una imagen de la Virgen María con el niño Jesús en los brazos, hecha por Manuel Pereira.

Empezada á construir esta gran capilla en el reinado de Felipe IV y terminada en el de Carlos II, manifiesta en los pedestales del interno y en otros miembros, que se dió principio á esta obra con sujeción á la severidad clásica, y fue al fin recargada con adornos de buena ejecución, sin duda, pero que no podían ser empleados sin caer en desgracia de los partidarios del clasicismo puro. De todos modos es una fábrica magnífica, sólida y bien construida.

### ALICANTE Y VALENCIA.

APUNTES DE VIAJE.—EPISODIOS NO POLÍTICOS.

I.

Me piden Vds. que refiera á los suscritores del *Museo Universal* todo lo que he visto en mi reciente expedición á Alicante y Valencia, y siento en el alma tener que contestarles que me es absolutamente imposible. La circunstancia de no ser político este periódico, y serlo sí, y en alto grado, en mi concepto, el viaje que acabo de hacer, como que en él me acompañaban, ó yo acompañaba (*à piacere*), la reina, la familia real, varios ministros y otras personas de grande significación pública; esta circunstancia, digo, ribeteada de ciertas consideraciones que reservo, me obliga en primer lugar á no publicar por ahora de las notas de mi cartera sino aquellas puramente literarias, que si bien aludan á los sucesos que he presenciado, nos dejen al *Museo Universal*, á mis lectores y á mí en esclusiva posesión de nuestro juicio sobre todas estas cosas. Por otro lado, y reduciéndome ya á los cuadros que he visto y desearia copiar, me encuentro en un apuro mayor, y es que son tantos y tan bellos que no cabrian en un artículo, ni en este periódico, ni yo sé á cuales dar la preferencia, ni qué omitir, ni cómo espresarme para que cuatro pálidos renglones den idea de tanta maravilla. Porque es el caso que en poco mas de quince días, he enriquecido mi exausta imaginación con una infinidad de cuadros de todos géneros,—marítimos, campestres, populares, palaciegos, religiosos, monumentales...—y otros que son para callados. He visto razas nuevas de hombres y de plantas, catedrales, ruinas, museos, bosques, jardines, rocas, mares, una magnífica y poderosa escuadra, procesiones, simulacros de guerra, fortalezas, mujeres hermosísimas, mil y mil manifestaciones de la belleza en el campo, en el cielo, en el arte, en la especie humana.—He viajado en coche, en ferro-carril, en tartana, en bote, en vapor, en barco de vela, en diligencia, á caballo y á pié. He oído serenatas, visto fuegos artificiales, pasado noches en el mar, asistido á grandes espectáculos, á bailes, á teatros, á los toros, á comilonas, á paseos, á inauguraciones, á esposiciones, y qué sé yo!...—he vivido, en una palabra, la vida de cien hombres del siglo pasado!—Pues de este caos de impresiones, de este torbellino de acontecimientos, de este cúmulo de recuerdos, ¿cómo olvidar nada ni cómo referirlo todo? ¡Cada cosa requería un artículo especial! ¡Hacer sospechar el conjunto no es para mis fuerzas!—Quiere decir que bosquejaré algunos cuadros, y á medida de ellos podrá imaginarse el lector todos los restantes. Y en cuanto á ciertos pormenores, como nombres y fechas, entradas y salidas, órden de colocación y demás prolijidades, de que por lo regular se llenan esta clase de artículos, no los busqueis en el presente... pero á bien que en España nadie lee un periódico literario que no se haya propinado antes triple ó sextuple dosis de periódicos políticos, y



los periódicos políticos contarán la régia expedición, las fiestas reales, la procesion del Corpus y los besamanos con todos sus pelos y señales, señales y pelos que yo sustituiré con líneas de puntos suspensivos, cuando tropiece con ellos en el laberinto de mis apuntes.—Hechas estas salvedades que pueden pasar por una sinfonía, entro en materia.

## II.

El domingo á las ocho y media de la noche salí de Madrid en el tren del correo, habitado por unas doscientas personas, casi todas ellas conocidas mias y de la mejor sociedad de la villa y córte. En el coche en que me alojaron tuve la fortuna de encontrar tres cosas: un amigo, dos niñas muy bonitas y cuatro señores de buena conversacion. Todo el que entienda de viajes comprenderá perfectamente que al poco tiempo las dos niñas se habian convertido en una sola, el amigo en rival, y los cuatro señores en tres amigos y un canchero. Tienen de bueno estas situaciones anómalas y subversivas el desaparecer como un sueño no bien termina el viaje.... Corramos, pues, un velo sobre el coche en que yo iba, ó lo que es lo mismo, echemos un velo sobre lo pasado; puesto que miradas y rugidos, palpitaciones, amistades y odios han desaparecido ya *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*. Solo me resta el amigo.

En cuanto al conjunto de los viajeros, puedo asegurar que



CUADRO DE VILADOMAT.

todos pasaron la noche luchando con iguales afectos ficticios y del momento, y aquí me ocurre creer que un viaje es una vida en abreviatura... De cualquier modo, con motivo de todas estas cosas, y de conocernos, y de hacer una hermosísima noche de luna, y de pararse mucho el tren en las estaciones, resultó que aquello no fue viaje sino una *soirée* movible, una tertulia ambulante, un salon de Madrid arrastrado por el vapor, el paseo del Prado en movimiento, ó si se quiere, prolongado en una estension de ochenta y cuatro leguas.

La primera impresion que recuerdo fue la que me produjeron el campo y jardines de Aranjuez, bajo cuyos árboles pasábamos á las diez de la noche. ¡Qué perfumes! ¡Qué rumores! ¡Qué perspectivas!—Hacia luna.... Esto lo dice todo.—Luego, el rumor del agua... ese placer desconocido en Madrid, (téngase presente que cuando escribo aun no ha llegado el Lozoya á la villa de San Isidro Labrador); ese melancólico eterno gemido de las fuentes, de los rios y de las cascadas; esa oracion no interrumpida; ese beso continuado regalaba blandamente mi corazon asfixiado en la mefítica atmósfera de la córte. Las flores, los naranjos, los granados en flor, los trigos, las yerbas mismas del campo embalsamaban el aire, tibio y reposado como Endymion dormido. Al pasar sobre el puente del Tajo, iba el tren muy despacio. ¡Qué bello estaba el venerable río alumbrado por



PLAZA Y CATEDRAL DE MÉJICO.



la luna, cuyo disco aparecía movible y quebrantado en cada una de sus rizadas ondas! A lo lejos distinguimos unas fá-lúas, sin duda de palacio, adornadas con faroles de colores... Todos nos imaginamos á Venecia.—En los pantanos oímos el canto de las ranas, que no sé por qué misterio de nuestra organización refrigera el alma de quien lo escucha. Por último, al salir de Aranjuez, al abandonar sus frondosos olivares y aromáticos pensiles, un ruiñeñor, uno solo, entonó un cántico de despedida, que parecía predecirnos la aridez de la Mancha en que íbamos á entrar.

¡Ah! Salíamos de la agitación de Madrid para buscar mayores agitaciones en las costas del Mediterráneo... ¡Con qué verdadero pesar nos despedimos de la paz de la naturaleza, de la mansedumbre de aquella noche estrellada, de aquel río y de aquellos bosques que tan regalado abrigo nos brindaban!—¡Oh! ¿qué mayor fiesta ni mayor delicia que permanecer muchos días y muchas noches bajo las arboledas del Tajo con cualquiera de nuestras bellísimas compañeras de viaje, haciendo la vida recomendada por Rioja y fray Luis de Leon, comiende fresa por la mañana, bañándose al medio día, durmiendo luego la siesta, bailando por la tarde bajo los castaños de Indias ó revolcándose en los frondosos trigos, y navegando de noche por las claras ondas de aquel río, sultán de la Alcarria, príncipe de Aranjuez é ilustrísimo señor de

Lisboa? ¿A qué apartarse mas? ¿A qué buscar el mundo de que huía? ¿A qué correr hácia los mares? ¡Bien sabe Dios que mientras aquel ruiñeñor cantaba, pensé mas

de una vez en decir al mayoral que parara el tren y mandar á los diablos la inauguración, Alicante, y todas las diversiones del programa.—Pero reflexioné que nin-

cha de lo que veía, y preguntarme asombrado ó preguntar á la misma piedra:—¿Qué me dices? ¿Quién eres? ¿Desde cuando estás aquí?—Entonces la arquitectura, esa



CAPILLA DE SAN ISIDRO EN LA PARROQUIA DE SAN ANDRES DE MADRID.

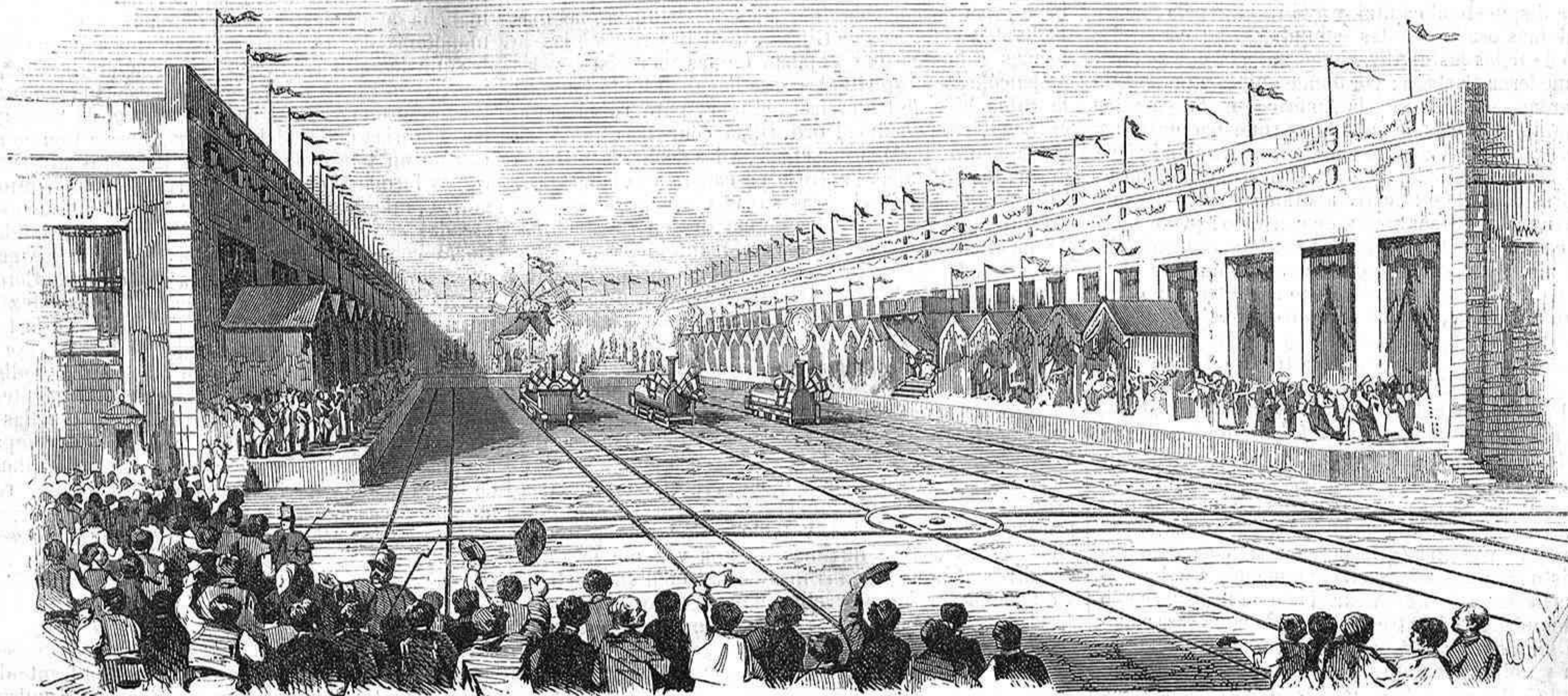
guna de mis compañeras de viaje, á lo menos la que yo habria elegido entre todas ellas, hubiera accedido á acompañarme en tan juicioso proyecto, y dejéme llevar por la melancólica tierra de Don Quijote, cuya sombra creía divisar detrás de cada molino de viento.— ¡Molinos de viento son tambien todas nuestras ilusiones de paz y de ventura, pobres poetas que somos, arrastrados por el afán de lo maravilloso, de lo nuevo, quizás de lo imposible! Yaquí hago punto, dando esquinazo á la filosofía, por considerarla mal *cicerone*. Prosigo pues...

III.

Pasé por Almansa, célebre por la batalla del mismo nombre, que puso en el trono de España á los Borbones. . .

Saludé á Villena, cuyo gótico castillo, casi arruinado, me recordó al sabio marqués don Enrique el Hechicero, y demás grandes hombres de su casa....

Pero yo no soy dado á las memorias históricas. Pláceme sentarme sobre las ruinas y leer el Eclesiastes. Hay entonces en mi corazón una vaga poesía que no cambiaria por todos los códices de Simancas. Cuando en Segovia, en Granada, en Sevilla, en Burgos, ó en otras viejas poblaciones he fijado mis ojos en los monumentos de otros siglos, casi me han estorbado mis escasísimos conocimientos de lo pasado. Era mi gusto examinar la vejez de la piedra, adivinar por un resto de forma la mente del constructor, no atinar á veces con la fe-



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE ALICANTE.



Niobe de las artes, que sobrevive á la ruina de cuanto fue su gloria y encanto, alza su voz severa y me responde: yo soy el siglo XIII, yo soy el renacimiento, yo soy Grecia, yo soy Roma.—Cada roto capitel me hace adivinar una historia: el arco ó la ojiva, el friso ó la columnata, me reflejan una civilización, y veo la vanidad de las cosas y las evoluciones de la historia y la estratificación del cartaginés sobre el fenicio, del godo sobre el romano, del católico sobre el musulmán. No me digais, pues, los nombres de los reyes ni de los guerreros, puros accidentes de la historia las mas veces: habladme de razas y civilizaciones, de instintos y creencias, y comprenderé la historia con el auxilio del arte. Quizás entonces veremos surgir nacionalidades nuevas, en nada conformes con la clasificación política de los Estados, y hallaremos al celta en las provincias Vascongadas, y al africano reinando en Alicante y Valencia... Pero ya desenvolveré mas tarde estas ideas.—Conste, y esto me basta, que yo protesto contra la historia, segun que vulgarmente se escribe y se comprende; pues hallo mucha distancia entre una cronología ó árbol genealógico, y el estudio de lo pasado á que pueden encaminarnos la filosofía, la literatura y el arte.

## IV.

Alicante 25 de mayo de 1858.

Vengo de la inauguración del ferro-carril del Mediterraneo.

Era una hermosísima tarde. En la estación de Alicante habíanse levantado un altar y un trono. El oro y el terciopelo lucían por todas partes: mas de mil banderas y escudos de armas adornaban el recinto: las flores y las músicas poblaban el aire de perfumes y armonías. Las espaciosas tribunas, lujosamente dispuestas, encerraban una brillante concurrencia, compuesta de elegantes y bellísimas damas; de todos los hombres notables de la provincia, de los convidados de la corte; obispos, generales, ministros, periodistas, diputados. La oficialidad del ejército y de la marina lucía vistosos uniformes. A lo lejos sonaban las campanas y los gritos de júbilo de una inmensa muchedumbre; tronaba el cañon en mar y tierra, y el sol caía al Occidente con su eterna magestad. Los sacerdotes se hallaban ya á los pies del Crucificado: la familia real bajo el dosel... El pueblo, amontonado en torno por una parte, y por la otra el mar poblado de bajeles, encerraban la escena en un círculo de vida y movimiento. El improvisado templo, abierto por el Norte, permitía á la vista y á la imaginación campar por horizontes infinitos... Allí adivinaban en toda su extensión las áridas Castillas, encerradas en un cinturón de montañas, y mas lejos, por todos lados, la ancha y espléndida orla de flores que rodea el manto de la imperial España,—Murcia, Andalucía, Extremadura, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, comarcas bendecidas por el Criador. Allí estaban todos aquellos pueblos hermanos en la gloria, extraños sin embargo en el dolor ó la fortuna: allá estaba Madrid, que como los remolinos de mar, ha tragado por largos siglos la vida y la riqueza de los pueblos sin devolverles nada: allá estaban las latitudes olvidadas por la industria y por el comercio, los muertos gérmenes de riqueza, el trigo amontonado, la mina sin explotación, la inteligencia asfixiada bajo la cúpula del templo nativo, las obras del arte arruinándose en el olvido sin alcanzar una mirada del viajero... Y del otro lado estaba el mar, abriendo sus ondas á nuestra renaciente marina; el mar, amplio camino para todas partes; el mar, la patria mancomun, palenque dispuesto al capital y á la inteligencia, brindando al mas osado con las conquistas del comercio, presagio de todas las civilizaciones: allá la nueva Tiro; aquí la moderna Cartago; por donde quiera mundos que nos aguardan, el Oriente y la América, el Africa y los antípodas, llenos todos de padrones de nuestros antiguos navegantes...—¿Qué cuadro para la imaginación! ¿Qué espacios para el deseo! ¿Qué ocasiones para la gloria, para la prosperidad de nuestra abatida patria!—¿Y qué momento aquel de esperanza y de consuelo! ¿Qué hora aquella en nuestra triste historia contemporánea!—El genio español, encerrado bajo la montaña del Escorial, rompía la cárcel de su misantrópico ascetismo, y convertido en mariposa, volaba de nuevo hácia los mares. La nación viuda arrojaba otra vez su anillo en las olas, desposándose con la fortuna, diosa tutelar de la navegación.—¿Cómo se dilataba el alma al contemplar en el aire los hilos eléctricos que, como nervios de acero, conductores del pensamiento y de la voluntad, recorren ya todas las estremidades de la península, mientras que el viento confundía en una sola nube las columnas de humo que exhalaban nuestros barcos de vapor en el puerto, nuestras locomotoras en las ferradas vías!

Todo esto veía yo en aquella ceremonia. Todo esto hubiérais visto, amigos míos, en el momento de la bendición de las locomotoras. Temblaríais de entusiasmo como yo al contemplar aquellas tres poderosas máquinas, adornadas de cintas, flores y banderolas, que se adelantaban lenta y uniformemente, cada cual por su vía, hácia el ara santa. Parecían tres nobles bueyes, adornados para un sacrificio del antiguo mundo pagano. ¡Tan magistosa y mansamente avanzaban por el templo, ellas

que abren también en la tierra surcos de fecundidad, que son también la fuerza y el trabajo, y que allí ahogaban su poderoso mugido y refrenaban su irresistible carrera á la voz del sacerdote revestido! . . . . .

## V.

Ya sabéis que uno de los festejos ideados por los alicantinos consistió en que cien labradoras, escogidas entre las mas bellas de la provincia, presentarán á la reina todos los frutos del país. Yo tuve la fortuna de pasar revista á aquel escuadrón de serafines antes de la ceremonia, y en verdad os digo que de cuantas esposiciones he presenciado ninguna ha cautivado tanto mi corazón ni despertado mi entusiasmo como aquella galería de ideales hermosuras que vestidas con el pintoresco traje de su respectivo pueblo y llevando en un brazo un canastillo de frutos y de flores y en el otro una palma, símbolo de virginidad, hacían alarde de la riqueza del privilegiado suelo que las vio nacer.

Eranse, como digo, cien doncellas, las mismas del feudo de Abderraman, con la diferencia de que estas mas parecían moras que cristianas, y además diez zagales, mozos todos de quince á veinte *técnicamente adornados*, permítaseme el adverbio, bellas las unas y arrogantes los otros como las flores y las plantas sin cultivo que engalanan los campos olvidados. Llevaban ellas canastillos de mimbres de Alcoy entretejidos con hilos de plata y oro, llenos de dátiles de Elche, de nísperos de Concentaina, de almendras de Gijona, de naranjas con cáscaras de limón de la villa de Molins, de higos chumbos de Castalla, de palmitos de Alcoy, de alcachofas y albaricoques, apiñadas cerezas y perfumadas limas, con mas todos los frutos de una vegetación precoz, rojos tomates y calabazas de funesta recordación, vino de Biar, de Fondillon y de Monóvar, limones de Benidorm con un casco dulce y otro agrio como las cosas del mundo, epigramáticos pimientos, fresas, melones, sandías y todo lo criado. Llevaban ellos los productos de la industria provincial, seda de este año en rama, el famoso papel de Alcoy, tejidos de algodón, paños esquisitos, esteras especialísimas de esparto, y los renombrados turrónes y confites de aquella tierra. Había además una vistosa variedad de flores; azucenas y claveles, lilas y malva-rosas, rosas y lirios, jazmines y mahonesas, aromos y pasionarias... Era una exposición de todo lo bello que produce la naturaleza en la primavera eterna de aquel país; era un lujoso ramillete que Ceres y Flora entretejerían para ponerlo en manos de las hijas del amor.

¡Y aquí vuelvo á las labradoras, y no sé cómo me he apartado de ellas!—Aquí me cumple consignar que después de leer el Paraíso de Milton y ver los cuadros de Murillo, yo me había imaginado ángeles rubios, pero nunca ángeles morenos.—Ángeles morenos son las hijas de esta comarca, apartada de la Moreria por una irrupción del Océano y por las conquistas de nuestros padres.—¿La belleza alicantina!—Imaginaos las Zoraidas y Zulemas de las *Mil y noches*, las heroínas de Byron, las odaliscas de Abdul-Megid, las huríes del paraíso de Mahoma, con sus grandes ojos de un negro aterciopelado, sus largas pestañas, su interesante palidez, correcta nariz, cuajados y brillantes dientes, lacias cabelleras de ébano, flácidas cinturas que pueden abarcar con las manos, y lujoso compartimiento de hombros, seno y garganta. Pues imaginaos ahora cien combinaciones de esta hermosura, cien manifestaciones diversas de este mismo tipo, cien variaciones sobre este tema... Pensad por un momento lo que sería aquella diputación de serafines donde estaban las morenas de ojos azules de Tárbená, las descoloridas beldades de Orihuela, las mas brillantes y fogosas de Gijona, Belleu y Alcoy, las de formas robustas que bajaban de las montañas, y las melancólicas y espirituales que llegaban de la llanura; la rubia hija de las arenas del mar, pero rubia como el fuego, rubia como el oro, rubia como las espigas, la rubia en fin, tostada por el sol, y las de Nucía y Benidorm, término medio entre la pescadora y la labriega... Figúraoslas con sus lujosas sayas y graciosos delantales, prendidas con peinetas de metal y enormes agujas de piedras de colores, estas con mantelinas, aquellas con una especie de turbante, todas con primorosos jubones entreabiertos á la oriental... todas con zarcillos, tumbagas y collares que relucen al par de los dientes, de los labios y de los ojos, y de las susodichas agujas y peinetas, deslumbrando al que las mira, extraviando la imaginación, dando al traste con la paciencia...—Lo repito, nada he visto tan bello ni tan fascinador como aquel contraste de todos los géneros de hermosura árabe que subsisten entre nosotros: es torpe la pluma y pobre el idioma para expresar lo que el pincel no retrataría así como quiera; tanta gracia, tanta perfección, tanta pureza, tanta variedad y tanta seducción en todas ellas.—Juro á Dios que mas de una vez me propuse decidir cuál me agradaba mas de las cien susodichas, y quedéme por último vacilando entre ocho que ni Rafael las imagina mas rematadamente guapas.—He dicho.

## VI.

Pero á este paso no voy á concluir nunca mi artículo.—Necesito relatar, no puedo describir.—Me dejo en

el tintero el cuadro de los fuegos artificiales que se quemaron en el mar la noche del 27.—Aquellos reflejos de las luces de colores en las aguas, aquellos arco-iris, aquellas latitudes del Mediterraneo alumbradas de fuegos de bengala, y la escuadra á lo lejos, y los otros fuegos en la orilla, y la iluminación de la ciudad, y las campanas, y las músicas, y la gritería de cien mil almas, que así victoreaban á los cohetes, como si los cohetes tuvieran corazón. Tampoco puedo hablar de un desafío ó regata que presencié entre dos botes pertenecientes el uno á un buque de guerra español, el otro á la fragata francesa, sobre cual corría mas.—Viérais los veinte y cuatro remos que caen en el agua, á compás, haciendo huir al batel como una flecha; oyérais los *hurra*s de la multitud agrupada en el muelle y de los barcos surtos en el puerto; gozárais como yo, en fin, al mirar triunfadores á los marineros de España, que dejaron atrás á los franceses en medio de los silbidos de los espectadores.—También he de omitir cómo se celebraron en el mar los días de la reina Victoria, cómo nuestra hermosísima fragata *Petronila*, capitana del puerto, daba diariamente la orden de izar y arriar pabellones por mañana y tarde, obedeciéndola cuantos buques de otras naciones habia en el puerto, lo que me hacia palpar de orgullo, ¡como si aquello fuese mas que una etiqueta de ordenanza!—¡Ah!... Fue un tiempo en que este simulacro era una realidad; en que el pabellon español ondeaba triunfante... *et cetera*, como dice Espronceda en su famoso amanecer.—¿A qué darnos el mal rato de pensar en lo que no tiene remedio?—Dice Dante.

....Nessun maggior dolore  
che ricordarsi dall tempo felice  
nella miseria...

Esperemos, sin embargo.—Nuestra marina renace como dejamos dicho. Tenemos magníficos arsenales, y marineros envidiados por do quiera, y una oficialidad modelo de inteligencia, bizarría y finura. En Galicia y en Cataluña se han hecho ya ensayos de máquinas de vapor... sin auxilio de los ingleses. Nos dicen que en nuestros colegios navales hay ya muchos alumnos que saben en qué consiste que un buque ande sin necesidad de velas ni de remos. Aun son ingleses todos los maquinistas de nuestros vapores; lo que en un caso de guerra con la Gran Bretaña dejaría nuestras mejores embarcaciones *al páiro*... pero esto y otras cosas se remediarán no bien haya una tregua en el campo político: entonces, en vez de gastar 4,000.000,000 de reales para aquietar á un partido, se construirán doscientos ó trescientos buques de alto bordo, que no se pudran antes de ser bautizados.—¡Ah! Dios prodigó á España todos los recursos necesarios para ver en sus puertos nuevas armadas como la *Invencible*, como la de *Finisterre*, como la de *Trafalgar*. Tenemos cáñamo y maderas, carbon de piedra, hierro y cobre en abundancia... El Océano y el Mediterraneo acarician nuestro suelo por dos litorales inmensos. Contamos con puertos de primer orden y con recuerdos inextinguibles. De nuestra península salieron Colon y Vasco de Gama...—Gibraltar, Africa y Méjico nos esperan hace muchos años... ¡Dichoso día aquel, que no está lejano, en que... pero vuelvo á mis fiestas reales.—

Decía que los estrechos límites de este relato me obligan á pasar por alto muchas cosas. Necesito abandonar á Alicante y trasladarme á Valencia, remolcando al que leyere. Pero antes séame lícito consagrar dos palabras á el *Cármén*, antiguamente llamado el *Porquet*, originalísima cuanto preciosa huerta de la propiedad del señor marqués de Molins.—A la orilla del mar, á media hora de Alicante, ¿habéis reparado en una oscura mancha de árboles, especie de oasis que interrumpe la monotonía de aquellos arenales melancólicos? Es un bosque de palmeras! Pero un verdadero bosque, donde muchos miles de estas hijas del desierto entrelazan sus brazos formando un toldo espesísimo. Al penetrar bajo las sombrías calles del *Cármén*, creese uno en el interior de un templo.—Cada dos palmeras al cruzar sus ramas forman una perfecta ojiva del mas puro estilo gótico, mientras que prolongándose infinitamente estas arcadas semejan á una catedral inmensa, salida de la tierra como por encanto.—Por lo bajo de las galerías, creía unas veces hallarme en la mezquita de Córdoba... Por la ligereza de las columnas y la esbeltez de las ojivas, recordaba la catedral de Segovia ó la lonja de Valencia. Absorto, maravillado, estático ante aquel prodigio de la naturaleza que parecia un prodigio del arte; allí, en frente del mar, cuyas esplendentes lontananzas se alcanzan como término de aquellas galerías de verdura, y cuyas olas suenan á compás con aquellas bóvedas móviles; descansando un momento de la agitación y de la algazara de Alicante, recordé muchas veces aquella sátira de Horacio.

*Hoc erat in votis; modus agri non ita magnus etc.*

## VII.

A bordo de la fragata *Perla*.  
Son las doce de la noche.—Estamos en frente de Denia.—Esta tarde á las cuatro, cuando se embarcó la reina y la escuadra se hizo á la mar, he contemplado un cuadro cuya grandeza nunca hubiera podido ima-



ginarme. Doce buques de alto bordo estaban dispuestos a partir. Todas las tripulaciones se hallaban sobre las vergas. Una inmensa muchedumbre cubría toda la costa de Alicante. El mar estaba poblado de mil botes, lanchas y faluchos, ricamente empavesados, en que se oían gritos, músicas y cohetes. Llegó el momento del embarque, y el castillo de Santa Bárbara disparó el primer cañonazo, al que respondieron los demás fuertes de la ciudad y luego todos los buques. La *Perla*, sobre cuyo alcázar de popa estaba yo contemplando aquel inmenso panorama,—el Mediterráneo, la ciudad, el puerto, las montañas y el cielo azul donde campeaba el sol en toda la plenitud de su grandeza;—la *Perla*, digo, se encontraba en el centro de aquella armada que por doscientas cincuenta y una bocas de bronce había de hacer hasta seiscientos noventa y tres disparos. Parecía el fin del mundo. De debajo de mis pies, del buque que montábamos los periodistas, salieron sesenta y tres cañonazos, ó sea tres salvas de á veinte y uno. Era una cosa magnífica, que entonaba los nervios y encendía la sangre. El humo denso que nos envolvía se rasgaba á veces dejándonos ver los flancos inflama los de los buques ó las mil banderolas que los adornaban desde la cubierta hasta los topes. A todo esto, de una embarcación á otra volaba el eco de los quince vivas de ordenanza... Las campanas sonaban á lo lejos cuando no las ahogaba la voz del cañon, mientras los acordes de la marcha real, que tocaban las charangas de la *Petronila* y del *Francisco de Asís*, parecían celebrar un triunfo después de aquella descomunal batalla á que nuestro espíritu poético creía haber asistido.—¡Oh! ¡nosotros, pobres sacerdotes de la paz, humildes hijos de la tierra, no nos habíamos visto en otra! ¡Ahí es nada! ¡en la mar y á cañonazos!—¡Vive Dios...!—En fin; Vdes. dirán lo que quieran... yo soy partidario de la paz de los pueblos, de la abolición de los ejércitos, de las luchas de la palabra, de los triunfos de la razón... Pues bien, yo les juro que al oler la pólvora, al sentir crugir bajo mis pies las tablas de la nave, al verme rodeado de humo, ensordecido por el cañon, irritado por aquella gritería... ¡diablo! hubiera presenciado gustoso cualquier cosa parecida á un combate naval, aunque se hubieran estropeado los vistosos adornos de los buques que nos rodeaban!...

Dichosamente, los cañonazos eran de pólvora sola, el viento se llevó el humo, perdimos de vista la tierra, el silencio reinó á bordo, y pronto nos vimos solos en medio del mar.

En este momento, que como digo, son las doce de la noche, el espectáculo que me rodea es embelesador. Estamos en el plenilunio... El astro de la noche brilla en el zenit de los cielos esparciendo su misteriosa claridad sobre la naturaleza. La mar tersa, inmóvil, silenciosa, dormida, está cruzada en toda su estension por una cinta de plata producida por el reflejo de la luna.—Parece la estela que ha dejado en las olas una nereida fugitiva. Parece la cola del regio manto de la misma luna. Parece el camino de alguna region sobrenatural, así como la *vía láctea* del firmamento pareció á los matamoros el camino de Santiago.

Nunca hé visto al Mediterráneo tan tranquilo; nunca una luna tan brillante; nunca una noche tan estrellada.

¿Qué pensaba yo, cuando apoyado en una banda de la *Perla*, miraba á lo lejos el navío *Francisco de Asís*, arrastrado como una enorme carroza de triunfo por el vapor *Isabel la Católica*?

Estábamos allí, solos, fuera de España, confiados á la clemencia del mar. Empequeñecíamos á todos la grandeza de aquel gigante sobre cuya espalda caminábamos. El trono de San Fernando, la dinastía de Borbon, nuestra historia y nuestra política andaban lejos de sus pueblos, lejos de sus guardias y de sus palacios, confiados á un piloto, á una máquina de vapor, á una mar sin testigos, á la vigilancia de una escuadra superable, en medio de la noche... No sé que sentimiento extraño de orgullo ó de piedad, de patriotismo ó de respeto inundaba mi intranquilo corazón. Nunca perdimos de vista el navío. En torno suyo, caminaban también la *Petronila*, la fragata *Isabel II*, los vapores *Lepanto*, *Santa Isabel* y *Pizarro*. Delante iba de heraldo el vapor *Liniers*. La fragata francesa *Impetueuse* y la corbeta inglesa *Curlew* nos escoltaban, ó por mejor decir, no nos perdían de vista. Cohetes y luces de bengala nos avisaban continuamente dónde se encontraba cada buque. Era el *alerta marino*.—¡Alerta estamos! respondían las luces de nuestra fragata.—Así pasó aquella noche, en que la reina durmió fuera de su reino, en que todos abdicamos algo de nuestro habitual modo de ser, en que un cambio de posición alteró las perspectivas, en que por ser otro el teatro parecían otros los actores.—Y así amaneció y llegamos á las costas de Valencia.—Todo había sido un sueño... una pesadilla.—Estábamos nuevamente en España. Nuevos pueblos saludaban á la reina. Toda la orilla del mar se hallaba cubierta de testigos... Pronto saltamos á tierra.—¡Adios, entonces libertad de la imaginación, independencia del espíritu!—Ya no seríamos arrastrados: ya era preciso andar por nuestro propio pié.—Estábamos en el mundo de los hechos...

## VIII.

En Valencia, lo mismo que en Alicante, oí cantar los

*Magyares* dos ó tres veces. En Valencia, como en Alicante oí otras muchas cosas. Pero mi artículo ha de tratar solamente de lo que sentí en ambas poblaciones, de mis impresiones de viaje, de las mias, no de las de la gente que me rodeaba.—Cúmpleme decir, sin embargo, que estoy muy contento de la ciudad del Cid. No podrán decir lo mismo todos mis compañeros de viaje.—Conque dejemos la pluma y empuñemos nuevamente el pincel: exhibamos las láminas de nuestra memoria y veamos qué cuadros se han fotografiado en ella.

El momento del embarque es el primero que aparece ante mis ojos. Volved por pasiva nuestra salida de Alicante. Las mismas salvas, la misma muchedumbre, el mismo sol, las mismas armonías en el espacio. Pero añadid la sorprendente perspectiva de aquella huerta, de aquella ciudad de mil torres y mil jardines, del Cabañal, tendido á un lado como un aduar de tiendas árabes plantadas una mañana en el desierto para ser levantadas á la noche; de las alquerías, del puerto poblado de mástiles, del muelle cubierto de tartanas, del aire cargado de perfumes, de las calles y las plazas, y los edificios y hasta los caminos tapizados de flores.—Las flores han sido las protagonistas de las fiestas de Valencia. A todas horas, en todas partes, siempre frescas y olorosas, continuamente remudadas, esparcidas por el suelo, cubriendo las paredes, he visto millones de millones de claveles, azucenas, rosas, lilas, siemprevivas, amapolas, heliotropos, jacintos y otras cuyo nombre ignoro, formando ya ramilletes, ya guirnaldas, ya columnas, ya pirámides! En el museo, en las iglesias, en los palacios, en las murallas, en los barcos, en las mojigangas del pueblo, en todas partes, y no exagero, brotaban flores y mas flores, como si llovieran del cielo, como si un encantador las evocase con su varita mágica, como si la naturaleza quisiese agotar en un día todos sus tesoros. Nacido en el reino de Granada, criado en aquellos jardines, acostumbrado á la Alhambra y al Generalife, no era yo ciertamente el mas á propósito para asombrarme ante las flores.—La admiración de que me encuentro poseído dirá, pues, claramente cuánta es la exuberancia, cuánta la magnificencia, cuánto el prodigioso lujo de la flora valenciana.

Y de las flores paso á las mujeres: de los jardines al baile dado en la capitanía general por la oficialidad del ejército.

Erased un patio de un convento gótico, con arcos calados, y un segundo piso formado por una columnata griega. La tosca piedra cubierta de flores, de pabellones y de banderas, de trofeos y de blasones dejaba paso por sus graciosas labores á un Océano de vivísima luz que podía competir con la del día. Pabellones de fusiles, de sables y de machetes sostenían inmensas arañas de cristal. Macetas, naranjos y limoneros cargados de frutos, *parterres* enteros, rodeaban el salon lujosamente alfombrado de blanco. El toldo que lo cubría, pintado de una manera caprichosa, hacia mas aérea y diáfana la perspectiva.—En torno del patio daba vuelta una graciosa galería, y en medio del mismo se levantaba una bellísima fuente de mármol, superior á todo elogio, donde hubierais admirado una extraña combinación de flores, saltadores de agua y luces de gas; pero tan ingeniosa y hábil, que no podía concebirse cómo el agua no apagaba las luces ni cómo las luces no incendiaban las flores. La orquesta, colocada en el claustro alto, esparcía una lluvia de armonías sobre aquel alcázar tan ligero, tan gracioso, tan flotante, que parecía un templo hecho por las hadas, un palacio de los que imaginó la poesía en el fondo del mar ó la hechicería en el centro de la tierra. Mas suntuosos, mas ricos de mármoles y oro, existen en muchas capitales, pero ninguno tan poético, tan original, tan fantástico, tan bello y delicioso. Pues lo mismo digo de las mujeres.—Mas lujosamente vestidas, con mas diamantes y perlas, mas renombradas y tituladas, mas parisenses y *comme il faut*, yo las he visto... cualquier baile de Madrid nos las presenta... Pedro Fernandez las conoce á todas...—Pero tanta hermosura, tanta gracia, tanta juventud, una mayoría (¿qué digo, mayoría?) una unanimidad semejante de merecimientos personales, de lindas caras y lindos cuerpos, de beldades soñadas y tenidas por irrealizables, de modelos para cuadros, de tripulaciones para cien *harenes*, de tentaciones para todos los santos del Martirologio, eso... ni en Circasia, ni en Georgia, ni en mi Andalucía, y por consiguiente mucho menos en un baile dado con sujeción á la *Guía de Forasteros*, que es como se dan los bailes en Madrid, se vió, ni se sospechó, ni se adivinó siquiera, ni se pudo adivinar, y maldita la falta que me hacia á mí saber que existía sobre la tierra.

¡Oh! ¡las valencianas!... Me gustan mas las alicantinas; porque Alicante es de secano. ¡Pero las valencianas son tan bellas como las alicantinas!—Solo que, como por Valencia corre el Turia, como viven entre flores y arrozales, como estas hijas del desierto pasan la vida en un continuo baño, que un baño de esencias es aquel aire, como en aquel clima todo es expansion, producción, fertilidad, prodigalidad de cada ser para con la madre naturaleza, resulta que la vehemente, febril y electrificada belleza de Alicante, se manifiesta en Valencia lánguida y descolorida, fatigada y voluptuosa como el recuerdo.—La alicantina chispea como la fiebre: la valenciana está enervada por el sopor que sigue á la calentura. Cuando mas jóven prefería yo este último

género de beldades: hoy voy gustando ya de aquel otro.—De todas maneras, las valencianas, amantes de nacimiento, coquetas por el clima, no por cálculo ni educación como generalmente sucede, elegantes como la palma de sus huertos, distinguidas como lo es siempre el reposo, seductoras como la pereza de los sentidos, son y serán siempre lo que de ellas dice la fama; las mujeres mas hermosas del mundo. Sin embargo, quien como yo, no busque en la mujer la correcta regularidad de las facciones, preferirá siempre á todo lo habido y por haber en materia de atractivos, aquel iman, aquel rayo irresistible, aquel anzuelo inevitable que vibra en la mirada de las andaluzas. No sé qué tienen aquellos ojos: preguntádselo á cuantos ingleses van á Andalucía.

Pero vuelvo al baile... Y bien: ¿qué tengo que añadir? Que todas iban vestidas y preñadas con sencillez y exquisita gracia; que dominaban en los trages las mas aéreas telas blancas, y en los adornos las mas primorosas flores; que el ambigü hará época en la historia culinaria, y que todo aquello pasó como un sueño, pero como un sueño celestial.

## IX.

¡Basta! ¡Basta! Me dicen de la imprenta Yo quería hablar de los fuegos artificiales, verdadero prodigio pirotécnico, en que ví un templo de luces de colores en el aire, y otras mil maravillas que me encantaron; yo quería hablar del Museo de pinturas, donde ví el *San Sebastian* de Rivera, cuadro digno del autor de *Jacob* y con esto lo digo todo, así como dos *Salvadores*, un *Ecce-homo* y una sorprendente *Purísima* de Juan de Joanes, y un *San Francisco* abrazado á la Cruz, de Rivalta, y varias tablas antiquísimas de mucho mérito. También quería hablar de las *rocas*, y de la *cabalgata*, y de la procesion del *Corpus*, y del tribunal de las Aguas, y de los *enanos* y de los *gigantes*, y de los huertos, y de la magnífica *paella* que nos dió Eduardo Asquerino en el Cabañal, con fuegos artificiales, faroles de colores, música, baile, arcos de flores, paseo por el mar, *champagne*, carruajes, pavos para el camino, y todo lo nacido... en fin, yo quería hablar de muchísimas cosas, de la Lonja, de la esposición de la industria, del salon de las antiguas Cortes, de la catedral, de los frescos de San Juan, de la casa vieja del Ayuntamiento, cuyos artesanos son de primer orden, del Mercado, de los obsequios que nos han dispensado en todas partes á los periodistas, de la escuadra que he visitado varias veces, de la Casa de locos... pero ya veis que es imposible atender á tanto. Básteos mi deseo y la promesa de no olvidar nada de lo que he visto, y de hacer referencia de ello en la primera ocasion que se me presente.

P. A. DE ALARCON.

## A MI HIJA EDELMIRA,

MUERTA EN EDAD MUY TIERNA.

Como su madre, bella  
era Edelmira;  
cuando me acuerdo de ella  
todo suspira,  
todo parece  
que de su fin infausto  
se compadece.  
Aun no era abierta rosa,  
era un capullo,  
y formaba la hermosa  
todo mi orgullo;  
pero Dios quiso  
que mi flor adornase  
su paraíso.  
¿Por qué teniendo el cielo  
miles de flores,  
coge la que es consuelo  
de mis dolores?  
¿No ves, Dios mio,  
que es mi vida sin ella  
páramo frio?

A. RIBOT.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

Los calores han puesto de moda los viajes y las expediciones. Después de la escursión hecha por la corte á Valencia y Alicante, cuyos pormenores damos en el presente número, el sábado tocó el turno de ser visitada á la antigua Toledo, donde segun anticipadas noticias se preparaba una funcion greco-romano-artístico-religiosa. Un concienzudo escritor y un hábil artista han sido especialmente encargados por el *Museo Universal* para presentar y describir por medio de la pluma y del dibujo esa interesante funcion conque se ha inaugurado un hecho mas interesante: la apertura del ferro-carril de Madrid á





LLEGADA DE LA ESCUADRA AL PUERTO DE VALENCIA.

Toledo, la union de las dos córtes de España. Así los toledanos pudieron decir con verdad el sábado como decia hace un siglo García de la Huerta:

*Toda júbilo es hoy la gran Toledo.*

Después de la inauguración del ferro-carril toledano, se hará una gran prueba de la llegada de las aguas del Lozoya á Madrid: á este fin se construye una vasta y sencilla fuente en la parte mas alta de la calle Ancha de San Bernardo á la inmediación de la puerta. Quince dias después de esta ceremonia, que ha de verificarse en el mes actual, según nuestras noticias, saldrá la córte para Asturias, si no hay negocio alguno importante que lo impida; y en Asturias, ó en alguna otra expedición que por allá se proyecte, se invertirá el tiempo hasta setiembre. Esto á lo menos se cuenta, aunque nada tendria de extraño que el proyecto se modificase por cualquiera circunstancia dependiente ya de la voluntad, ya de la política.

Los particulares que pueden viajar siguen el ejemplo de la córte: solo los pobres siervos del terruño periodístico, y de otros terruños no menos ingratos, seguimos en Madrid como aquellos réprobos cuyo mayor tormento es ver cómo los elegidos gozan las inefables dulzuras del paraíso, de que ellos se encuentran para siempre desterrados. Y no es tan desatinada como parece la comparación que acabamos de hacer, porque el calor, las obras de la Puerta del Sol, y las que como á porfía se han emprendido en todas las calles de esta capital hacen de Madrid en este tiempo un verdadero infierno.

Los rivesteros sin embargo tenemos el consuelo de viajar con la imaginación, como algunos autores de obras de viajes. ¿Quién le impide por ejemplo al que escribe estas líneas trasladarse mentalmente á Francia; y después de hacer una visita á París y á Fontainebleau, donde se celebran hoy magníficas fiestas, atravesar el canal de la Mancha, entrarse por la nebulosa Albion como Pedro por su casa; presenciar el embarque de los nuevos regimientos que van á la India; dar el pésame á Sir Roberto Peel por la muerte de su hermano el capitán Guillermo Peel, acaecida en Lucknow; embarcarse sin miedo para aquellos climas mortíferos; tocar primero en Gibraltar para dar un vistazo á las nuevas fortificaciones con que los ingleses pretenden asegurar para siempre aquella colonia que poseen en territorio español; detenerse en Malta pocas horas y pasar á Alejandria á consolar al virey de Egipto por la muerte del príncipe heredero, ahogado en el Nilo con otras veinte personas á consecuencia de la rotura de un puente precisamente cuando pasaba el coche impelido por la locomotora; trasladarse luego al Cairo y desde allí á Suez, presenciar los trabajos y dar su voto en la cuestión de perforación del istmo; llegar por fin á la India, saludar de cerca á Sir Colin Campbell y de lejos á Nana Saib; hacer una visita á los chinos que piensan recobrar á Canton; dar en Macao un apretón de ma-

no á los oficiales portugueses que han salido de Lisboa con 400 hombres para reforzar aquellas guarniciones: después en la litera de una dama china ó á la grupa del caballo de un tártaro recorrer el celeste imperio; atravesar la gran muralla, penetrar por la Tartaria rusa, ver los progresos de la civilización llevados á cabo por la energía de los czares; encaminarse luego á San Petersburgo, para tomar parte en las polémicas suscitadas sobre el modo de emancipar á los siervos, principio proclamado por el mismo emperador y que se está llevando á cabo por él y por la nobleza; entrar luego por Alemania, asistir á algun concierto monstruo, á algun aniversario estudiantil ó artístico, ó á la inauguración de alguna estatua *sans garantie du gouvernement*; volver después por Francia y hallarse de nuevo en Madrid á los pocos minutos sin novedad, sin fatiga y sin gasto? ¿Quién le impide después emprender su marcha con la misma rapidez á Andalucía, detenerse un momento en Jerez para abrazar á un amigo y ver los concienzudos trabajos que prepara sobre la *Exposición* celebrada en aquella ciudad; llegar á Cádiz, embarcarse en el vapor *Vasco Nuñez de Balboa*, pasar á Corisco, Fernando Poo y Annobon, con la pequeña escuadra enviada á aquellas aguas; ver cómo se establece y toma posesión del territorio la colonia española, cómo se portan los padres jesuitas y los obreros que van en ella; volver á las islas Canarias, subir al pico de Tenerife y tomar vistas del monte Guajara, de la Orotova y del puerto de la Luz; aprovechar la ocasión de embarcarse luego para la Habana con el objeto de ver colocar la lápida en el solar donde nació y murió el valiente coronel don Rafael de Arango y Castillo, benemérito de la patria, compañero de Daoiz y Velarde en el memorable Dos de Mayo; pasar á Santo Domingo y examinar las fortificaciones de la bahía de Samaná, que un dia ha de amenazarnos; trasladarse á los Estados Unidos y Méjico y averiguar la verdad acerca de la situación de Juárez, Zuloaga, Garza, Osollo, Parodi y demás generales; bajar á la California, embarcarse para la Australia á presenciar los rápidos progresos de aquel mundo; y tomando pasaje en el *Leviatan* ó en algun otro buque inglés volver á Londres y venir á Madrid pasando por Lisboa, después de haber saludado á las cámaras portuguesas y al ministerio si ya no está en crisis; y después de haber visto la ceremonia de adornar á Pedro V con las insignias de la orden de la Jarretiera?

Hecho este viaje, todavía nos quedaria tiempo para despedir á la Teodora Lamadrid que se retira del teatro, y contribuir á su último triunfo escénico en el papel de Adriana. ¿Pero es cierto que este triunfo será el último? ¿Es una resolución definitiva la que ha tomado esta actriz de tanto mérito? Lo sentiríamos en extremo porque en ciertos papeles no tiene quien la reemplace, aunque venga como parece que viene la Matilde Diez.

También hemos podido asistir á la representación del

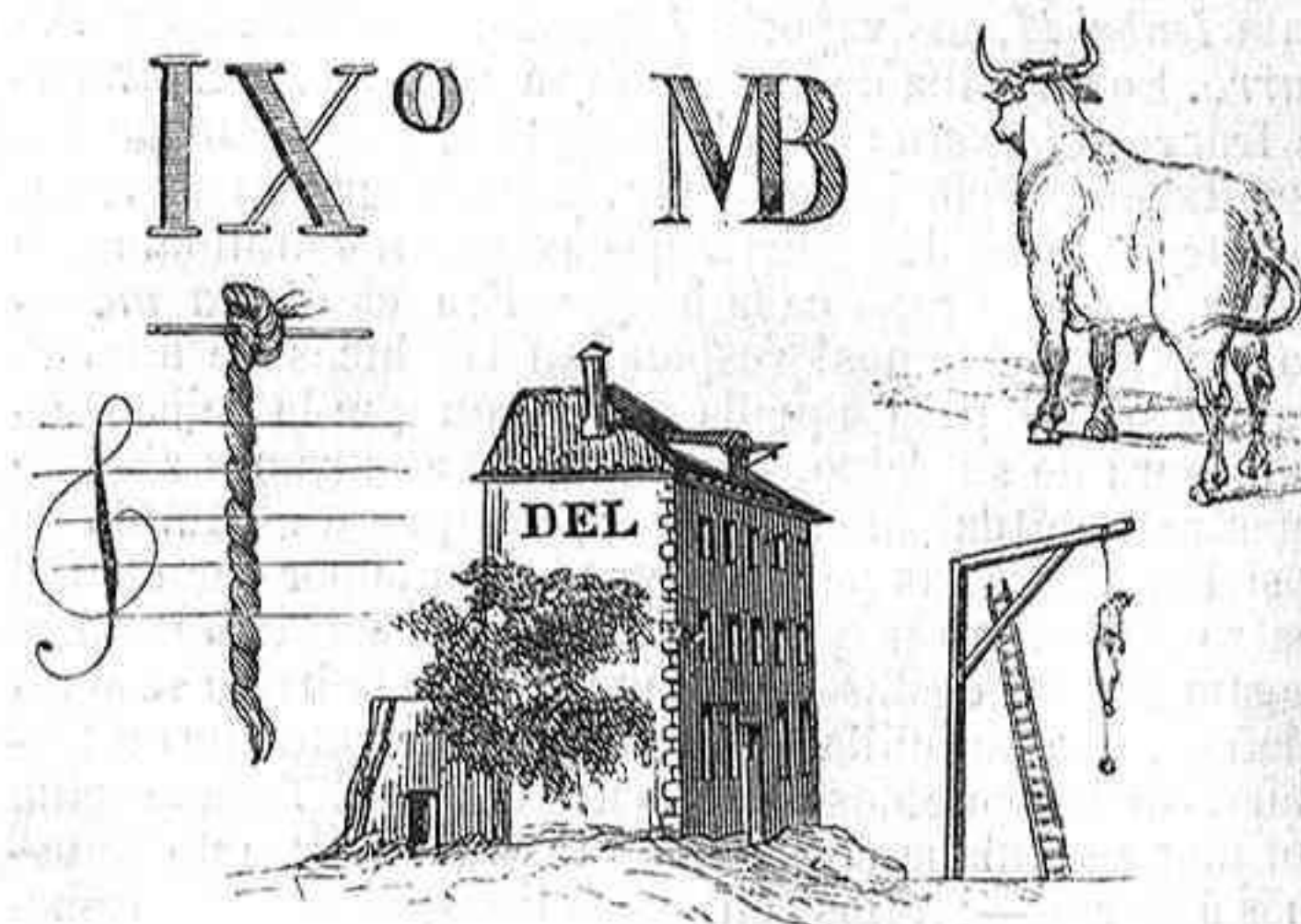
*Bruschino* en Jovellanos, ópera que escribió Rossini en 1813, que se tradujo hace algun tiempo al francés para poner en escena algo de tan célebre maestro, y cuyo libreto se ha traducido después al español para el teatro de la Zarzuela. El argumento no tiene nada de nuevo ni de gracioso; pero la música de Rossini se aplaude siempre: y la sinfonía del primer acto que la orquesta ejecutó perfectamente mereció los honores de la repetición.

En Novedades ha sido contratada la Buzon, que ha hecho su primera salida en Guzman el Bueno. Antes se habia representado *Julieta y Romeo*, original del señor Dacarrete. Esta producción tiene mucho de bueno y algo malo: gran parte de lo bueno es de Shakspeare, perfectamente interpretado por el señor Dacarrete: lo malo es todo de este último autor; porque *aliquando bonus.... etc.* Valero se prepara para un nuevo triunfo en *las querellas del rey sabio*, drama original que se está ensayando.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

### Geroglífico.



DIRECTOR, D. J. GASPÁR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPÁR Y ROIG.  
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1858.